

# POESÍA Y LIBROS DE HISTORIA:

La biblioteca *kavafiana*  
de Álvaro Mutis

**Diego Valverde Villena**

*Abiertos están  
dos o tres libros: historiadores y poetas  
Kavafis, Vino a leer*

Los afortunados visitantes de la casa de Álvaro Mutis narran que una de las paredes principales está dominada por los libros de Antonio Machado, Apollinaire, Neruda, Valery Larbaud, Enrique Molina y otros grandes poetas y escritores. La pared de enfrente cuenta entre sus huestes con biografías de reyes, memorias de grandes personajes y libros de historia, entre los que destaca una copiosa y variada sección de libros sobre Bizancio.

Con las imágenes que pueblan la casa ocurre lo mismo. A las fotos de Conrad, Joyce, Baudelaire, Céline, Valery Larbaud y Borges se contraponen el zar Nicolás II y la zarina, Felipe II y Catalina Micaela.

Unos libros complementan a otros, y los retratos conversan entre sí en sutil y ameno concierto. En su conjunto, los libros y retratos nos ofrecen un mapa detallado del mundo de Álvaro Mutis. Un mundo donde reinan como hermanas la Poesía y la Historia.

Poesía e Historia también fueron los intereses de Constantino Kavafis. Kavafis inaugura un nuevo modo de entender la Historia y de imbricarla con la Poesía hasta que se vuelvan una sola cosa. Para Kavafis no hay verdaderamente un

“tiempo pasado”: todo está ocurriendo ahora mismo, todo se revive en un presente cargado de tiempos previos. La hija de los Lápidas pasea *ahora mismo* por Alejandría, ante nuestros ojos. La Liga Aquea es derrotada *hoy* en Corinto. Todos los hechos históricos confluyen en el presente para explicarlo, para explicarnos. Así Kavafis crea una nueva figura de poeta: el poeta-historiador, que revive en su vida diaria los hechos del pasado. Que convive con los personajes del pasado, de parte con ellos y se muestra a través de ellos, en una asombrosa sincronía. Y nos muestra que, además del *aleph* espacial de Borges, existe un *aleph* temporal: la Alejandría kavafiana.

Esa visión de Poesía e Historia como hermanas siamesas no es lo único que relaciona a Mutis y Kavafis. Ambos pasaron la infancia en un país que no era el suyo originario: Kavafis en Inglaterra y Mutis en Bélgica. Y ambos aprendieron en profundidad la lengua y la literatura de esos países. Casi se puede decir que la primera lengua de Kavafis fue el inglés, pues en su periplo británico sólo hablaba el griego en casa, y todo su aprendizaje se realizaba en inglés. El conocimiento de la literatura francófona por parte de Mutis es extenso y profundo.

De esa infancia viajada y políglota les viene a ambos su cosmopolitismo de vidas y lecturas, su habitar en una confluencia de tradiciones culturales. Kavafis hablaba con soltura griego, inglés, francés e italiano. Tradujo a Keats, Shelley, Shakespeare y Tennyson, y llegó a escribir poemas en inglés. La proverbial facilidad de Mutis para las lenguas es bien conocida.

Tanto Mutis como Kavafis perdieron a su padre en la infancia. Y aún hay otra similitud: ninguno de ellos se ganó la vida como escritor. Su labor literaria fue algo a lo que dedicaron las horas que les dejaba libres el trabajo cotidiano. Sólo tras la jubilación pudieron ambos dedicarse plenamente a la literatura.

Hay una ciudad fundamental para los dos: Constantinopla. Para Kavafis, como vivencia directa. Aunque alejandrino,

Kavafis era de ascendencia constantinopolitana, sus padres pertenecían a encumbradas familias fanariotas. En 1882, la situación política en Egipto se vuelve muy preocupante, y su madre decide trasladar la familia a Estambul. Kavafis tiene entonces diecinueve años, y vivirá en Estambul tres años de decisivas experiencias vitales, además de sumergirse en la historia griega y bizantina. También se preocupará por la cuestión lingüística griega: la pugna entre demótico y cazarévusa.

Como ha declarado en varias ocasiones, a Mutis el último hecho político que le preocupa y le concierne es la caída de Constantinopla en manos de los turcos el 29 de mayo de 1453. Él mismo nos da la clave de su interés por lo helénico: “El mundo de la Hélade para mí tiene una transparencia infinita y es de una actualidad absoluta. No estoy hablando de la actualidad del mundo que tanto preocupa a los periódicos y a quienes los leen. Me refiero a la actualidad de mi ser”. No debe, pues, extrañarnos que la sección bizantina sea la más nutrida de la biblioteca histórica mutisiana. De su amor por el mundo bizantino nace *La muerte del estratega*. Un cuento que desborda la historia cronológica, que estira los tiempos y mezcla a su antojo las figuras para servirnos el espíritu de lo bizantino.

Un espíritu que va más allá de los meros hechos cronológicos. Mutis adora la majestuosidad bizantina, su encarnación del Imperio: Bizancio como emblema de la tradición y la trascendencia, del legado que nos une a nuestros antepasados. Y disfruta también con sus intrigas dinásticas. Porque a Mutis le seducen esos personajes como Constantino o Carlomagno, que llegan al poder sin ser los herederos principales, gracias a una serie de giros con los que el Destino nos muestra su poder.

Y giros quizá sea el término más adecuado para expresar la comprensión mutisiana de la Historia. Para él la Historia no va en línea recta, no avanza tal como lo entienden los calvinistas. Para Mutis la Historia es desorden y caos. El mismo

desorden y caos con que se desenvuelven los ríos torrenciales de la geografía maqrolliana.

Kavafis habla en varios poemas de la liturgia cristiana. Más allá de la fe, para él pertenecer a la religión ortodoxa es una manera de ser griego, de pertenecer a la gran comunidad panhelénica. Sincrético como buen alejandrino, Kavafis se queda embelesado con la riqueza del ritual y del ornamento, con la tradición de siglos convertida en ceremonia.

Mutis es un enamorado de la liturgia ortodoxa. Cuando viaja a París siempre va a la catedral de San Alexander Nevski en la rue Daru porque le encantan los himnos de las ceremonias y la liturgia rusa. Para Mutis el ritual conjuga belleza y tradición. Sus palabras las podía firmar Kavafis: “La estética del catolicismo es algo que me causa gran interés y conmoción”. Entregado a la forma más que a la fe religiosa, y viendo en la religión la encarnación de un modo de estar en el mundo, Mutis nos confiesa que no cree en nada, “pero antes de morir hay que saber bien las cosas: soy católico y de Coello”.

Ese acercamiento estético e histórico a la religión le viene de la adolescencia. El sacerdote que le impartía clases en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario reconocía que aquel muchacho que descuidaba los exámenes sabía mucho más de Historia de la Iglesia que él.

Ha guardado siempre, eso sí, algunas devociones. A Santa Teresa de Ávila –compartida con Gonzalo Rojas–, a San Francisco de Asís –compartida con Maqroll– y a San Luis Rey de Francia.

Kavafis nos hace sentir la Historia como algo que está sucediendo ahora mismo. Los tiempos se superponen, y el mundo está lleno de puertas que nos llevan de una época a otra. Y esa cercana y palpable vivencia de la Historia permite a Kavafis mostrarse a través de personajes de otros tiempos. Se sirve de figuras históricas como de las máscaras que, según Wilde, permiten a los hombres decir la verdad. El poema se ambienta en otra época para hablar del presente; los personajes

históricos encarnan a personas vivas. Kavafis lo declara abiertamente en su *Temezo de Antioquía*: “porque Emonides/ (...) no es en el poema/ sino un nombre (...)/ nosotros los iniciados/ sabemos para quién fueron escritos esos versos./ La gente de Antioquía ignorante leía tan sólo Emonides”.

La concepción mutisiana de la Historia está enlazada con la Literatura. Sus palabras son las de un lector enamorado de ambas hermanas: “La historia que a mí me fascina es una ficción con vidas reales”. Por eso los hechos históricos, en sus obras, se manejan con la libertad del creador, y por eso hay un constante transvase entre lo literario y lo histórico. Su *Crónica regia* se abre con el epígrafe “*Philippus Secundus, Rex quondam Rexque futurus*”. Es una transposición de la frase que, según nos dice Sir Thomas Malory en su *Le Morte d’Arthur*, está escrita en el túmulo del Rey Arturo: “*Hic jacet Arthurus, rex quondam rexque futurus*”.

A través de esa cita, Mutis hace de Felipe II un nuevo Arturo, y crea un “sebastianismo filipino” que cuadraría perfectamente con el “*Quinto Império*” pessoano.

La fascinación de Mutis por Felipe II viene de sus lecturas adolescentes en la finca de su abuelo. Ya en 1947 había escrito unos *Apuntes para un poema de lástimas a la memoria de su majestad Felipe II*. El título pasará, casi intacto, a su poema sobre la agonía de Proust, y la figura de Felipe se convertirá en una presencia recurrente en su obra.

La curiosidad voraz de Mutis no se queda en los hechos más conocidos. Su sutil erudición apunta a batallas que sólo conocen los historiadores expertos, a personajes perdidos en los laberintos de la historia. Tenemos que estar pendientes todo el tiempo de su hipnótica conversación, de su continuo enlazar ficción y realidad. Y entonces sabremos que en la cárcel de Lecumberri adornaba su celda con unos versos de Apollinaire en los que “habla del personaje histórico que más se parece a Maqroll el Gaviero”, el infante Don Pedro de Portugal, hermano de Enrique el Navegante.

Si consultamos la historiografía especializada, sabremos que los portugueses llamaban a D. Pedro “el de las Siete Partes del Mundo” por sus muchos viajes. Siguiendo la pista que nos da Mutis, averiguaremos que D. Pedro conquistó Ceuta al lado de su padre; que conoció a Juan II de Castilla en Valladolid –donde un día habría de nacer Felipe II–; que viajó hasta Hungría para ponerse al servicio del emperador Segismundo y luchar por él en las Guerras Husitas y contra el Turco; que se encontró en Patmos con el sultán Murad II, y de allí pasó a Constantinopla, Alejandría, El Cairo y Tierra Santa. De vuelta en Europa, su periplo continuó por París, Oxford y Flandes, y viajó al Reino de Aragón para pedir la mano de Isabel de Urgel. Se casaron en Coimbra, y se amaron con amor verdadero, según la leyenda.

Mutis, con sus artes mágicas, lo hace revivir ante nosotros recitando a Apollinaire: “Con sus cuatro dromedarios/ Don Pedro el de Alfarrobeira/ recorrió el mundo y lo admiró./ Hizo lo que yo habría hecho/ si hubiera tenido cuatro dromedarios”.

Pero más allá de los *Intermedios*, de *La muerte del estratega* y *El último rostro*, de la *Crónica regia y alabanza del reino*, de *Los emisarios*, de húsares, capitanes, almirantes, príncipes-electores, batallas y nocturnos, más allá de toda la Historia que abraza las palabras de Álvaro Mutis, él nos dice: “si yo quisiera que quedara algo de mi poesía (...) es mi *Nocturno del Rey Luis*”.

Porque él se llama Luis Álvaro, y nació un 25 de agosto, el día de San Luis Rey de Francia. El rey santo, tío de Alfonso X el Sabio, el rey poeta de Castilla; bisnieto de Leonor de Aquitania, la reina de los trovadores; y chozno de Guillermo IX de Aquitania, el primer trovador.

Toda esa dinastía de poetas y reyes se une para auspiciar el camino de Álvaro Mutis desde su nacimiento. Un periplo regido por la Poesía y la Historia, que le han regalado sus dones como las hadas de los cuentos.

Y él ha agradecido a sus benefactoras de la mejor manera posible: con su obra.